

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

BIBLIOTECA DEL FENIX.

Publicacion de Novelas.

Un tomo de 200 páginas, primorosamente encuadernado, cada 15 dias.

Saldrá el primero el dia 1.º de Enero, empezando por la tan célebre novela de Dumas, titulada EL CABALLERO DE HARMENTAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA.

Para los suscritores al FENIX, cada tomo. . . 4 rs.

Para los que no lo sean y se suscriban antes de la salida del primer tomo. 4 rs.

Para los que lo verifiquen despues. 5 rs.

EN LAS PROVINCIAS.

Para los suscritores al FENIX, franco de porte, 5 rs.

Para los que no lo sean y se suscriban antes del dia 10 del próximo Enero. 5 rs.

Para los que lo verifiquen despues. 6 rs.

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort y librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana, y en las provincias remitiendo una libranza, franca de porte, al Director del FENIX, con el importe adelantado del tomo ó tomos que quieran obtenerse.

Las novelas sueltas se espenderán á razon de 10 rs. vn. cada tomo.

Con el número próximo repartiremos una linda litografía suelta que representa una escena de costumbres.

RECUERDOS DE VALENCIA.

Universidad Literaria.



VALENCIA cuenta en su seno edificios muy notables por los hechos que en ellos han tenido lugar, por los recuerdos que inspiran, mudos testigos de sus pasadas glorias, y grandes siempre, tanto en la prosperidad como en el abandono. Uno de ellos es la Universidad literaria, situada, desde su fundacion, en la calle de la Nave, edificio que jamás puede pasar desapercibido para los amantes de las ciencias. Cuán gratas ideas ocupan nuestra imaginacion al contemplar sus paredes y sus cátedras, donde han hecho oír sus voces, y desde donde han difundido sus luminosas doctrinas tantos sábios, admirables lo mismo por su talento que por sus virtudes. Pedro Juan Belluga, Luis Vives, Valles, Perez Bayer, Orfila, son otros tantos hijos predilectos de la ciencia que darán siempre honor y lustre á esta Universidad digna de mayor proteccion por parte del gobierno de

S. M., tanto porque algunos de sus discípulos en todos tiempos han sido contados entre los primeros sábios de Europa, como por su antigüedad y número de ciencias que en ella se enseñaban.

Tomada la ciudad por D. Jaime el batallador en 1238, bien pronto pensaron los valencianos en establecer escuelas donde se enseñaran algunas facultades, y tenemos la prueba de ello en el libro llamado de la *Bisbalia* que se guarda en el archivo de la Catedral, en el que, y en su folio 8, existe la copia de la escritura que autorizó Pedro Salvat á 23 de Junio de 1240, en la cual el entonces obispo Ferrer de san Martí, con su cabildo, señalaron al preceptor, encargado de cuidar de las escuelas de la ciudad, *docientos besantes* (1). Todos los historiadores antiguos, en especial Escolano, están conformes en que habia escuelas privadas en muchos barrios de Valencia, pero segun el erudito Villanueva las escuelas del cabildo no se abrieron hasta algun tiempo despues, á saber: las de gramática en 1259, siendo obispo D. Fr. Andrés de Albalat, y la de teología en 1345, siéndolo D. Raimundo Gaston, no habiendo tenido poca parte en el fomento de las letras la proteccion que les dispensaba el rey D. Jaime, que en uno de sus fueros otorga: *que tot clergue ó altre hom pusingue francament, è senstot servi è tribut tenir studi de gramática ede totes altres arts, è de física (medicina) è de dret civil è canònich en tot loch per tota la ciutat*.

Por otra parte el magistrado secular no perdía ocasion alguna de fomentar las ciencias por cuantos medios estuvieran á su alcance, y por de pronto, atendiendo á la falta de escuelas superiores en Valencia, puso en costumbre pagar del dinero comun los estudios á los valencianos que manifestaran algun ingenio, enviándolos á París, Tolosa y Mompeller, hasta llegar á laurearse con la boria de doctores, habiendo, en el año 1374, señalado cien florines de oro (2) á Fr. Juan de Monzon, de la órden de predicadores, para acabar sus estudios en París. Posteriormente en 1420 la ciudad solicitó, y obtuvo, del rey D. Alonso III de Aragon un privilegio de nobleza para todos los que se graduasen en leyes: en 1424 designó cien florines de oro al maestro Guillen Benecia para que leyera y explicara los poetas latinos; y el 1428 procuró introducir á los valencianos en el rectorado de la Universidad de Lérida, hasta entonces alternativo entre aragoneses y catalanes, habiendo obtenido el primero D. Nicolás Monsoriu, siendo de advertir que desde el año 1411, por determinacion del consejo general, y segun parecer de san Vicente Ferrer, se hallaban reunidas todas las escuelas en casa del noble mosen Pedro Vilaragut, situada en la calle del Meson de la Nave. Fue tal la concurrencia de escolares, que en 14 de Agosto de 1496 determinó el consejo la renovacion y estension del edificio destinado para estudio general, nombrando comisionados al efecto, los que en 30 de Abril del siguiente año 1499 se reunieron dejándolo todo arreglado, formando nuevas constituciones, nombrando por rector de la escuela al maestro Gerónimo Boix, y solicitando de su Santidad y del monarca la licencia necesaria para establecer en la ciudad una Universidad donde se enseñaran todas las facultades y se confiriera toda clase de grados.

Ocupaba á la sazón la silla pontificia Alejandro VI que habia sido arzobispo de Valencia, y regia la monarquía D. Fernando el Católico, amante de fomentar las ciencias, y como los valencianos habian aprovechado tan buena coyuntura lograron felizmente lo que habian solicitado, habiéndose expedido las bulas pontificias en 22 de Enero de 1500, y habiendo concedido su privilegio en Sevilla el señor D. Fernando el Católico en 16 de Febrero del año 1502.

F. DE P. A.

EDUARDO DE SPENCER.

I.

UN POETA Y UN CORTESANO.

Dos hombres se encontraron un dia del mes de Marzo de 1583 en la escalera de mármol del palacio de san James. El que salia de la morada real iba vestido de color oscuro: su aspecto noble y serio, y su traje denotaban la austera sencillez que en aquel siglo de frivolidad era el carác-

(1) Como son tan varias las opiniones acerca del valor de los besantes, singularmente de plata, que eran los que señalaban al preceptor, he querido copiar lo que dice el padre Texidor en sus *antigüedades de Valencia* (lib. 1, cap. 48), para fijar lo que valia esta moneda á mediados del siglo XIII, en el archivo (dice) del real monasterio de Valldigna encontré una escritura en pergamino, que pasó ante Arnaldo Astruch, notario en Valencia, en el mes de Mayo (no dice el dia) del año 1254, en la cual Guillem de Varro, como procurador de Gomez de Muñoz de Teruel, ajustaron cuentas de lo que Ramon de Mirambell habia recibido y entregado de cuenta de dicho Gomez, le alcanzó seis mil besantes de plata: *et muntant (son palabras de dicha escritura) vintitir quatuor millia, et trecentos septuaginta et quinque solidos regalium Valentie ad rationem quatuor solidorum et unius denarii minus pugesca computato besantio*. Tenemos pues que en el mes de Mayo de 1254 cada besante de plata valia cuatro sueldos y un dinero menos una pugesca, que es lo mismo que cuatro sueldos y tres cuartos de dinero valenciano llamados reales de Valencia que batía el rey D. Jaime el Conquistador. (Villanueva, *viage literario*, carta 15.)

(2) Suma muy crecida en aquellos tiempos.

ter distintivo de los literatos y poetas. El otro inglés por el contrario, iba vestido con el mas esquisito lujo; una gorguera de encage con tres órdenes de canelones encerraba en un marco movable y gracioso su barba todavía jóven, negra y puntiaguda: sus calzones y jubon eran de seda carmesí, y de su hombro derecho pendía una estrecha capa de terciopelo, que debía tener algun día sobre su destino uno de esos accidentales influjos de que solo presenta la historia raros ejemplos. Ambos á la vez prorumpieron en una exclamacion de sorpresa:

— ¡Eduardo Spencer!

— ¡Gualtero Raleigh!

Los dos condiscipulos de la universidad de Cambridge se apretaron cordialmente las manos.

— ¿Adónde vas tú? dijo el poeta.

— A la corte. ¿Y tú? contestó el jóven aventurero.

— Yo la dejo.

— ¿Y por qué? ¿El secretario de lord Grey de Winton se ha cansado ya de la política?

— ¿Por qué? repuso el poeta retirando su mano; porque el aire que se respira en esta corte enerva la imaginacion y corrompe la conciencia, porque es preciso aplaudir acciones que se desaprueban, exaltar crímenes que se detestan, encadenar el talento y sellar los labios. Estoy cansado de mentir y adular...

— Y yo, interrumpió Gualtero Raleigh, estoy cansado de vegetar entre los matorrales del Devonshire como una planta silvestre; estoy cansado de mirar el mundo por entre las almenas de una antigua fortaleza. Necesito intrigas que dirigir, enemigos con quien pelear, rivales que abatir, y las emociones de los torneos y los campos de batalla: quiero ser rico como Leicester, ilustre como Burleigh, temido como Norfolk...

— Y morir como él, ¿no es eso, Gualtero? Pobre tonto. A Dios, amigo mio. La reina en recompensa de mis servicios me ha dado el castillo de Kilcoman, confiscado á la familia del desdichado conde de Desmond, que está situado en la orilla del Mulla, al pie de la montaña de la Molle, cuya cima es blanca como la nieve. En aquel rincón de Irlanda viviré oscuro como un puritano, é independiente como un águila.

Raleigh se encogió de hombros y le dijo: ¡Piénsalo bien, Eduardo! el árbol de los Desmond ha dejado en Irlanda muchos brotes, que no ha cortado el hacha de Isabel, ¡y la independencia es madre de la pobreza!

Spencer se sonrió y replicó: — ¡No olvides, Gualtero, que las fortunas de los cortesanos son efímeras, y la torre de Londres no está lejos del palacio de san James!

— ¡Allá lo veremos! dijo Raleigh.

— ¡Allá lo veremos! repitió Spencer.

Ambos amigos se apretaron de nuevo las manos con involuntaria tristeza, y en seguida se separaron conmovidos por instinto con una predicción, que el porvenir debía tal vez tomar á su cargo realizar.

II.

EL CASTILLO DE KILCOMAN.

Entre las montañas de Irlanda se elevaba en el siglo XVI un castillo flanqueado por cuatro torres, sobre las que habia impreso el tiempo el venerable orín, que es el título de nobleza de los monumentos antiguos. En aquel país fecundo en revoluciones, cada piedra tenia su historia propia; el castillo de Kilcoman tenia la suya; y poco tiempo antes de la época á que se refiere el triste episodio que referimos, se habia representado un sangriento drama no lejos de sus muros. El conde de Desmond habia sido de los mas acérrimos instigadores de la insurreccion que estalló en Irlanda en 1582, y vencido con ella, fue muerto por un soldado inglés cerca de Kilcoman, y enviada su cabeza á Isabel como testimonio de la derrota de los rebeldes, fue espuesta al público sobre el puente de Londres por orden de esta princesa, confiscados sus bienes, y dado su castillo á un jóven y brillante poeta, que habia puesto su talento á disposicion de la soberanía. Eduardo Spencer no dudó enriquecerse con los sangrientos despojos del conde de Desmond, y en vez del ruido de las armas, no volvieron á oír resonar los paisanos irlandeses bajo las bóvedas de Kilcoman, sino las antiguas baladas de los ministriles y trobadores. Los herederos del malogrado conde, desterrados de los campos paternos, huyeron á los bosques mas inaccesibles de Irlanda, pero llevado consigo la esperanza de vengarse algun día; y cuando el célebre Tyrone sublevó de nuevo aquel país, fomentando la gigantesca insurreccion que estuvo para derribar el trono de Isabel, el hijo mayor del antiguo señor de Kilcoman desenvainó la enmohecida espada de su padre, y puso sitio al dominio de sus antepasados.

Kilcoman, protegido por su posicion, y defendido por la naturaleza, hubiera sido casi intomable, á no haber estado únicamente defendido por cuatro ó cinco criados, cuyas pacíficas costumbres debian hacer que su asistencia en aquella ocasion fuera mas embarazosa que eficaz. Eduardo Spencer, sin embargo, defendió con intrepidez aquellos muros que habian conocido otro dueño, mas sus esfuerzos fueron infructuosos é inútil su resistencia, porque deseosos los insurgentes de realizar sus proyectos de venganza, arrojaron sobre el castillo hachones encendidos, y al momento prendió en los techos el fuego, que alimentado por un impetuoso viento, no dejó duda acerca de la próxima y completa destruccion del edificio. Spencer dirigió una mirada inexplicable de terror sobre las ardientes columnas de fuego que serpenteaban locamente desde la base hasta la cima de las torres azotando sus paredes, y se volvió en seguida hácia una hermosa jóven, que pálida é inundada de lágrimas estaba acurrucada á sus pies.

— ¡Todo se ha perdido! exclamó, no nos queda mas que hacer que encomendarnos á Dios para morir en gracia.

— ¡Morir! murmuró con trémula voz la irlandesa; ¡oh! ¡no será así, Eduardo, eso lo dices por asustarme! ¿Qué hemos hecho nosotros para que nos asesinen los revoltosos? ¿Qué les importa la vida de una muger y la de un poeta? ¿Somos acaso nosotros los que hemos abrumado con impuestos? ¿Hemos paseado el tajo fatal por sus montañas, y firmado las sanguinarias leyes que los oprimen?

— ¡Pobre muger! repuso el poeta dirigiéndole una mirada de estófica resignacion; ¡y cuando te hayan privado del techo que te cobija, cuando te hayan robado hasta el último chelín, y nada poseas en el mundo mas

que la ropa que te cubre, no será muy brillante tu vida, y no vale mas morir hoy que arrastrar por todas partes una deshonrosa pobreza y heridas incurables?

La jóven irlandesa alzó sus grandes ojos azules para mirar al poeta, y le dijo:

— No, un castillo se vuelve á construir, los bienes se adquieren de nuevo, pero la muerte no se remedia. Por mucho que nos quiten los irlandeses, solo se apoderarán de la menor parte de tus riquezas. ¡Eduardo, siempre te quedará tu talento!

El poeta se sonrió amargamente.

— ¡Famoso recurso niña! Shakspeare con talento no gana bastante para comprar unos calzones de lana cada seis meses, y Ben Jonhson con talento está confundido entre los bufones de Isabel.

Apenas acabadas de pronunciar estas palabras, se abrió estrepitosamente la puerta del cuarto, y entró un jóven irlandés con la espada ensangrentada en la mano.

— ¡Por la sangre de mi padre! exclamó fijando sus encendidos ojos sobre el poeta; hace mucho tiempo que hubiera querido Enrique Desmond verte cara á cara para decirte: ¡Tres años he arrastrado la librea de la miseria, mientras tú te engordabas con mis bienes; he dormido sobre la nieve, mientras tú estabas abrigado en mi hogar; he pedido limosna, he robado, he maldecido á Dios, mientras que tú, encubridor del verdugo, hacías resonar bajo las bóvedas de mis mayores los ásperos sonidos de una lira vendida á la tiranía! Toma tu mochila y tu palo, Eduardo Spencer, mi tiempo de prueba ha terminado, y ahora comienza el tuyo!

El poeta habia cobrado ánimo al oír esta imprecacion, y le respondió:

— Me rio de tus injurias: tu padre murió de muerte violenta, pero ni yo fui el soldado que lo mató, ni el verdugo que colocó su cabeza sobre el puente de Londres. Si me asesinas, cometerás un crimen sin motivo y sin excusa.

Enrique Desmond soltó una carcajada de risa feroz, y le dijo:

— ¡Matarte! ¡Oh! ¡no, no! ¡Es preciso que vivas para que me detestes como yo te he detestado á ti; para que ardientes lágrimas abrasen tus mejillas; para que te recojas en las concavidades de los peñascos, y te acuestes sobre la nieve endurecida; es preciso que vivas para que mendigues tu sustento, y arrastres por todas partes la fantasma de tu gloria, y los harapos de tu celebridad!

El irlandés envainó la espada, y prosiguió con una falsa risa de encono:

— ¡Yo no te mataré mas que en tu orgullo; tus obras quedarán enterradas bajo los escombros de tu castillo, y Kilcoman será el sepulcro de tu talento!

Al considerar que las preciosas obras que debian completar el lustre de un talento, que se habia manifestado á la Inglaterra con la publicacion del *Calendario del Pastor*, de la *Reina de las Hadas* y del *teatro de las personas del mundo* estaban destinadas á convertirse dentro de muy poco en polvo, sintió Spencer desfallecer su valor; y se hubiera humillado hasta suplicar, sino hubiera visto en los ojos del irlandés que esta humillacion hubiera sido una bajeza inútil. Entonces dió la mano á la jóven, muerta de miedo, y atravesó con ella el castillo que devoraba el incendio. Así que llegaron á la montaña, la irlandesa, á quien habia sostenido hasta entonces esa fuerza facticia que dá á los desgraciados la desesperacion, cayó desmayada sobre los matorrales de la Mulla. El poeta se inclinó sobre ella, y enseñándole un pergamino enrollado que llevaba oculto entre la camisa y el jubon le dijo: — Consuélate, pediremos limosna hasta Londres, pero llevo conmigo á mi emperatriz Marcilla.

III.

UNA LIMOSNA REAL.

Eduardo Spencer llegó á Londres la víspera del día de san Miguel del año de 1595. Su larga peregrinacion desde Kilcoman fue sin duda fecunda en curiosas particularidades, pero como no las indica la historia, no podemos tratar de alzar el velo que las cubre sino con meras suposiciones. ¿Recurrió á la caridad de los transeúntes, ú obtuvo de los habitantes de los pueblos que atravesó una lisonjera hospitalidad, dándoles á conocer un hombre que ya habian hecho popular sus triunfos poéticos? Probable es que fuese así; pero lo cierto es que Eduardo Spencer no era menos pobre cuando llegó á Londres, que cuando salió de Kilcoman. La jóven irlandesa no se habia separado de él, sufriendo todas las vicisitudes de aquel triste viage, sin que jamás una queja suya, ni una lágrima, debilitaran la firmeza del poeta, ni renovaran sus heridas: su vestido estropeado, y casi hecho girones, su pálido y calenturiento rostro, y las precoces arrugas que surcaban sus mejillas, eran los únicos testimonios de lo que habia sufrido. Así que el poeta pisó la primera calle de la ciudad que lo habia visto nacer, se desarrugó su frente, conoció que iba á terminar su lucha con la desgracia, y no titubeó un momento en dirigirse al palacio de san James. Ningun recuerdo vergonzoso, asustando su amor propio, vino á sujetar su voluntad, y no temió presentar en aquella brillante y burlona corte los agugeros de sus harapos y las cicatrices de sus dolores.

— ¡Una limosna para el autor de la *Reina de las Hadas*! dijo arrojándose á los pies de Isabel, que procuraba descubrir en el lívido y envejecido rostro de Eduardo Spencer las nobles facciones de su poeta favorito; ¡un chelín para el amigo de Felipe Sydney!

Y separando en seguida de sus ojos los largos y encanecidos cabellos que los ocultaban, prosiguió:

— Señora: gracias á V. M. creia haber colocado mi nido al abrigo de los abismos y las tempestades: refugiado en un antiguo castillo de Irlanda, extraño á los sucesos políticos, ocupado únicamente en cultivar las ciencias y la poesia, no temia á ningun enemigo, porque jamás habia manchado mis manos una gota de sangre, ni una mala accion mi conciencia. Pero la suerte ha tomado á su cargo enseñarme que me habia dormido en una engañosa seguridad: Enrique Desmond ha vengado á su padre, los irlandeses han incendiado á Kilcoman.

Los delgados labios de Isabel se contrajeron convulsivamente, y exclamó golpeando el suelo con el pie, que era siempre en ella señal de una

violenta cólera:

— ¡Por la muerte de Dios! les pagaremos nuestras deudas con crecido intereses; y esos miserables irlandeses podrán bendecir nuestra clemencia si solo nos contentamos con incendiar sus casas desde Dublin hasta el canal de San Jorge.

Y volviéndose en seguida al poeta, añadió:

— Señor mío, no se dirá que el autor de tan graciosas composiciones ha recurrido en vano á nuestra caridad: os nombramos poeta de la reina, y os concedemos una renta anual de cincuenta libras esterlinas.

El poeta hizo una reverencia, y la reina siguió su camino.

— ¡Cincuenta libras esterlinas! murmuró Spencer con amarga sonrisa; con eso hay exactamente para comprar una libra de pan de cebada, y media pinta de ginebra cada dos días.

IV.

EL GRANERO DE FLED-STREET.

Los rayos de una luna de Otoño coloraban los grupos de casas que componían en Londres en el siglo XVI el barrio conocido con el nombre de Fled-Street. En una de sus mas oscuras boardillas, privilegiado refugio de todos los que maltratados por la fortuna, tenían precision de ocultar su miseria, un hombre horrorosamente desfigurado por los males ya-cía tendido en un estrecho gergon, cubierto con una capa vieja de lana negra, compañera generosa del enfermo, á quien todavía servía de abrigo en su agonía. Su pálida frente estaba cubierta de arrugas como si sesenta años hubieran ido dejando en ella sus huellas, y sus apagados y vidriosos ojos se dirigían alternativamente á un caballero joven sentado sobre un banquillo á la cabecera de su cama, y á una muger que estaba rezando y lloraba amargamente. El enfermo se llamaba Eduardo Spencer, el caballero joven Gualtero Raleigh, y la muger era la irlandesa de Kilcoman, esposa hacia poco tiempo del poeta.

— ¡He aquí en lo que debían venir á parar los dos condiscípulos de Cambridge! murmuró Spencer con débil y dolorida voz; ¡uno sobre un gergon pobre y olvidado, y el otro en un palacio, poderoso como la reina misma! ¿Y qué has hecho tú, prosiguió diciendo con una espresion triste é irónica, para elevarte á tanta altura, mientras que la fortuna me precipitaba á mí tan abajo? Hombre vulgar, solo podías ser un cortesano oscuro, pero no tenías fuerzas para empuñar las riendas de un gobierno ni para ocupar en Inglaterra el puesto de Burleigh. Tú has escalado la grandeza á fuerza de vergonzosas intrigas y bajezas criminales, mientras que yo, poseedor de un nombre célebre por mi talento, he dado á mi patria el timbre literario que ni Barbour ni Chancer habían podido añadir á su corona. Yo no he sido ni cortesano de los ricos, ni criado de los grandes, ni adulador de los reyes, ¿y cuál ha sido la recompensa de mi conducta? ¿cuál el premio de mi virtud? La Inglaterra me ha dado un gergon en Fled-Street, é Isabel me ha dado una limosna de cincuenta libras esterlinas.

Aquí se detuvo y levantando su venerable cabeza prosiguió con voz lenta é interrumpida:

— ¡Oh! ¿por qué me arrebató tan pronto la muerte? ¡yo le hubiera hecho conocer á esa ingrata reina que vale mas de cincuenta libras el talento de un poeta; me hubiera hecho el historiador de todas sus pequeñeces, de todas sus ridiculeces, de todos sus crímenes; hubiera paseado á esa feroz hija de los Tudor por delante de los patibulos de Fower-Hill, por las ensangrentadas lozas de Tyburn, por la cárcel de Foshingeray; la hubiera puesto frente á frente con los lívidos rostros de Desmond, de Norfolk, de María Estuardo, y de los desdichados puritanos que hizo morir!

Raleigh hizo un movimiento de impaciencia, y el moribundo meneó la cabeza con amargura.

— ¡Este lenguaje te espanta, Gualtero; es muy natural: te has hecho su apologista: pero nada temas; estas palabras salen de la boca de un hombre casi exánime, y solo tendrán eco en la tumba!

El cortesano se levantó, y agarrando una de las calenturientas manos del poeta, le dijo:

— No olvides Eduardo que eres el autor de la *Reina de las Hadas* y de la *Emperatriz Marcilla*, y no me obligues á recordarte que no siempre has sido juez tan riguroso. Si no se ha hecho á tu talento la justicia que merecía, ha sido por culpa de tu orgullo: te has cubierto con tu desden, y has ocultado tu miseria, para no recibir los beneficios que una vanidad fuera de propósito te hubiera hecho mirar como limosna. No hay en la corte un magnate que no hubiera tenido á honor socorrerte, si hubieras reclamado su auxilio, y en cuanto á mí bien sabes que hubiera partido contigo mis riquezas con el mismo gusto con que partía los chelines de mi padre en la universidad de Cambridge!

A esto siguió un momento de silencio.

— Puedes morir tranquilo, repuso Raleigh con una emocion que le era muy difícil dominar por mas endurecido que estuviera su corazón; la suerte de tu muger y la de tus hijos está asegurada: si tu gloria debe ser su título de nobleza, mi proteccion será su fortuna. ¿No dejas además en Inglaterra una celebridad inmortal?

— ¿Y qué me importa? repuso el poeta con una sonrisa convulsiva, ¿qué me importa que me sobreviva mi nombre, y que se eleve sobre mi tumba un poco de humo vano? ¿De qué me sirve ser grande mañana si hoy se mira con indiferencia mi muerte?

Diciendo estas palabras puso Eduardo Spencer su helada mano sobre la del cortesano: Gualtero se estremeció; desenlazó uno á uno los crispados dedos que se había mezclado con los suyos, y sacó á la desdichada irlandesa fuera de aquella escena de desolacion. El poeta había espirado.

V.

EL DIA SIGUIENTE.

Acaecióle á Spencer lo mismo que á gran número de hombres grandes. Así que se supo en Londres la noticia de su muerte, todos se compadecieron de sus desgracias, acusaron la injusticia del siglo, y quisieron contribuir á los gastos de sus funerales. Gastóse en ellos mas dinero que el que hubiera bastado para volver á construir á Kilcoman, y hacer vivir á

Spencer cincuenta años en la opulencia. Su cadáver fue depositado en la abadía de Westminster al lado de Chancer; José Hall, y Guillermo Shakspeare improvisaron sobre su tumba dos oraciones fúnebres en dos sonetos; y la corte de Isabel creyó espiar la mengua de haberlo dejado morir pobre, colocándolo en un ataúd de plomo con un pomposo epitafio latino.

Sabido es el destino que al fin tuvo Gualtero Raleigh. Muchos años despues de la muerte de Eduardo Spencer fue decapitado en la torre de Londres sobre el tajo que habia servido para la egecucion del conde de Essex.

Así se realizó la antigua predicción del poeta.

T. de J. G. C.

LOS ESPAÑOLES Y ROMANOS EN ITALICA.

«Habeis vencido á los ilergetes, ausetanos y sedetanos, os habeis apoderado de Ilturgo y Castulon, esos dos baluartes de los rebeldes; habeis asegurado á Roma la victoria, á España la paz; la república quiere que disfruteis ahora de la victoria y de la paz, y os concede permiso para que levanteis en esos campos que habeis conquistado, bajo este sol tan bello como el de vuestra patria, un municipio muestra del poder romano, que edifiqueis una ciudad que sea monumento de vuestras glorias y descanso de vuestras fatigas.»

«Soldados de la séptima legion, acordaos siempre de que sois un destello de la gloria y el poder de la república romana.»

Tales palabras dirigió Publio Cornelio Scipion, el mismo que años despues fue llamado el Africano por sus victorias en Africa, á los soldados de la séptima legion, doscientos dos años antes de la venida de Jesucristo al mundo. Acababa entonces de vencer y castigar severamente una de las infinitas rebeliones con que los españoles se resistían á sujetarse al poder de Roma, y concediendo aquel premio al valor de sus soldados, aseguraba mas y mas la influencia de la república en aquel pais, y una alianza cierta contra los rebeldes.

Tal era el objeto de su arenga, y en efecto á la voz del ilustre general surgieron de la tierra casas, templos, fortalezas, edificios públicos, de modo que aquellos campos que antes solo ostentaban la sencilla magnificencia de la naturaleza, se vieron adornados con cuanto el arte habia inventado, con cuanto la necesidad y el lujo exigían en una ciudad romana. Esta ciudad, situada en la Bética, á las inmediaciones de la célebre Hispalis (hoy Sevilla), se llamó Itálica.

La union de la mayor parte de los soldados romanos con doncellas de los pueblos inmediatos, juntamente con la agregacion de muchas familias españolas aumentó considerablemente la poblacion, pero las guerras anteriores habian sembrado la division entre naturales y estrangeros, y el amor que profesaban á la libertad los españoles y la consiguiente prevenicion con que miraban á los soldados romanos, la mantenían aun largos años despues de la fundacion de la ciudad. Por esta razon unos y otros habian convenido para su seguridad en estar separados en distintos cuarteles y en ser mandados por diferentes gefes.

Era el de los romanos, setenta y cinco años despues, Mummio Tiron, y el de los españoles Cunistorgis. Ambicioso el primero, y orgulloso con descender de los fundadores de la ciudad, no se avenía muy bien con el anciano gefe español que defendía á sus súbditos de las estorsiones de los soldados romanos, y con prudencia esquivaba las órdenes que Mummio Tiron, fiado en la superioridad de su posicion y en la fortaleza inespugnable en que él residía osaba á veces dirigirle.

Un día bajó el romano acompañado de un solo soldado al cuartel de los españoles, entró en casa de su gefe y se dirigió á este diciendo:

— Los Dioses te protejan Cunistorgis.

— Qué motivo te conduce por aquí, preguntó el español algo asombrado.

— Vengo á proponerte la paz ó la guerra: á que el mando de Itálica recaiga en una sola persona.

— La paz puede conservarse sin que se haga ninguna alteracion; en cuanto á mí solo mando á los españoles porque estos lo quieren.

— Hay un medio mas seguro de conservarla.

— ¿Cuál es?

— Mi matrimonio con tu hija.

— ¡Con Luceya! exclamó Cunistorgis vivamente agitado.

— De este modo no habrá disidencias entre nosotros, é Itálica será feliz.

— ¿Y lo será mi hija?

— Debe serlo, contestó Mummio, cuyo orgullo hirió la pregunta del español. Cualquier joven española seria muy dichosa uniéndose al gefe de los romanos.

— Pero Luceya no tiene mas ambicion, replicó Cunistorgis, que vivir con su padre, ni su padre mas amor que el suyo. Su esposa y sus hijos ya murieron.

Y dos lágrimas se deslizaron por las arrugas de sus mejillas.

— Piénsalo bien, Cunistorgis, añadió el romano, dentro de poco el mismo soldado que me acompaña vendrá con un destacamento á conducirnos á mi palacio; en triunfo, si contestais como debeis; de otro modo muy diferente, si tú y tu hija teneis la insolencia de negaros á mi propuesta.

Y salió inmediatamente. Cunistorgis se asomó á una ventana y le vió dirigirse hácia su palacio, acompañado de un soldado joven que sin duda le habia estado aguardando á la puerta: cuando le vió á alguna distancia llamó á su hija. Era esta una joven de alta estatura, delicadas formas y hermosísimo semblante. Si un romano la hubiese encontrado paseando por los bordes de alguna fuente, la hubiera tomado por una ninfa ó náyade que salía por un momento de las aguas á hacer gala de su gentileza y á deslumbrar los hombres con su hermosura: el traje que usaba contribuía tambien á realzar su hermosura; una túnica de color oscuro formaba hermoso contraste con la blancura de los brazos y hombros que dejaba descubiertos, y un cinturón blanco recogía y sujetaba la túnica, marcando al propio tiempo un talle y unas perfecciones dignas de la diosa Venus.

— Luceya, hija mía, le dijo su padre, Mummio Tiron acaba de salir y me ha hecho una proposicion á que tú sola debes contestar: quiere casarse contigo.

—¿Mummio Tiron?

—Sí. ¿Qué debo contestarle? Ha dejado escapar algunas amenazas si no accedías á sus deseos.

—Eso solo bastaría para que yo digese que no, pues las amenazas de un romano no producen ningun efecto en una española, y mas si es hija de un guerrero como vos; pero hay otras razones que me obligan á negarme.

—¿Cuáles son?

—Mi edad os las debiera hacer conocer, respondió la jóven titubeando.

—¿Amas á otro?

—Sí, añadió la jóven con el rubor propio de quien hace esta confesion á una persona que se teme no sepa apreciarla en lo que vale.

—¿Y quién es? preguntó Cunistorgis.

—Permitidme que no os lo diga, padre mio, y así podreis darle esta contestacion á Mummio Tiron, sin que haya peligro para nadie.

—Entonces, ¿qué recurso tenemos para evitar la cólera del romano cuando llegue á su noticia tu negativa? Alejarnos de Itálica ó promover una guerra entre españoles y romanos.

—Ni uno ni otro, contestó vivamente la jóven, y quedó pensativa. Cunistorgis reflexionaba tambien y esperaba ver llegar de un momento á otro al enviado del romano.

Efectivamente, á poco rato se presentó el soldado que antes acompañaba al gobernador romano, seguido de otros muchos. Estos se detuvieron á la puerta y él entró en la casa: luego mirando alternativamente á Cunistorgis y á su hija, cuyas mejillas se colorearon á su vista, se dirigió al primero diciendo.

—Mummio Tiron desea saber cuál es vuestra contestacion.

—Decidle que nunca sacrificaré la felicidad de mi hija á sus deseos ni á sus amenazas.

—Tendré que cumplir en ese caso las órdenes tal vez severas que me ha dado.

Cunistorgis no contestó, pero cuando vió que el jóven cogió unos cordeles que traía un soldado y se dirigió hácia él, su semblante se animó, enderezó su cuerpo agobiado bajo el peso de los años, y volvió á ser el guerrero que tantas veces habia peleado contra los romanos; luego bajó su cabeza y dijo:

—Te comprendo, romano. La humillacion que no sufriria impunemente un simple guerrero, la sufrirá el gefe de los españoles en Itálica. Y presenté el mismo las manos para que se las atara, lo que hizo el romano no sin dar muestras de compasion, luego dirigióse á Luceya y le presentó sonriéndose el otro cabo del cordel. La jóven prorrumpió en llanto, que la indignacion y tal vez alguna cosa mas procuraba sofocar: algunas palabras del soldado romano dichas en voz baja, bastaron á aliviar su dolor que únicamente aparecía en el semblante de la jóven cuando sus miradas pasaban del romano á Cunistorgis: éste al ver que su hija iba á participar tambien de su humillacion, dijo al romano:

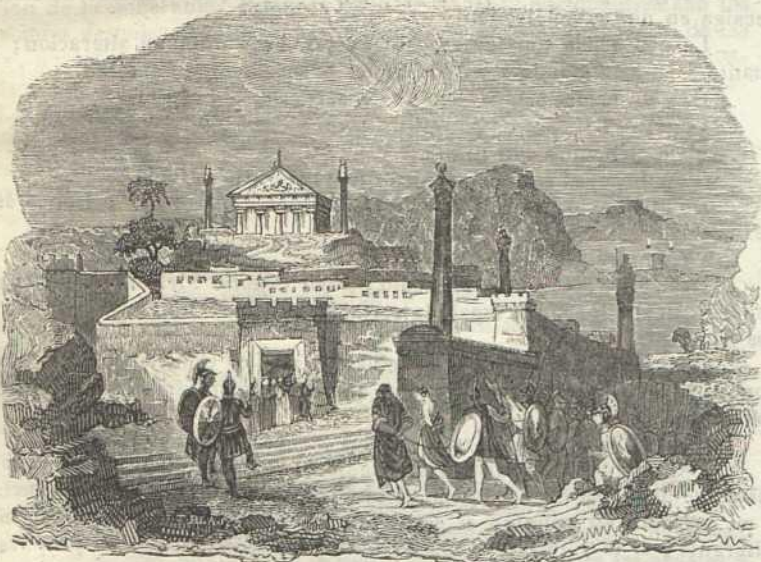
—Un solo grito que diese yo ahora haria acudir á mis valientes españoles, y una señal mia seria bastante para haceros perecer á todos, pero la felicidad de mi pueblo debe anteponerse á la deshonra de este anciano y á la desgracia de su hija: marchemos.

Y salió de la casa seguido de Luceya: el romano tenia cogido el cordel con que iban atados, y los soldados que habian quedado á la puerta les siguieron.

Los españoles que desde sus casas veian el insulto que se les hacia en la persona de su gefe, salian inmediatamente y seguian á los romanos, no sin dar muestras de su indignacion.

Por fin llegaron á la morada de Mummio Tiron. Vivía éste en un magnifico palacio, cuya construccion y posicion eran tales que al propio tiempo que servia de residencia para los gobernadores romanos, era la ciudadela con que estos se aseguraban de una rebelion de los españoles y podian subyugarlos.

Los mismos soldados salian á la puerta maravillados de que su gefe se atreviese á ultrajar de tal modo la virtud y la inocencia.



Mummio Tiron les recibió en el primer recinto, y colérico é indignado se dirigió á Cunistorgis diciéndole:

—El modo como te veo conducido aquí, no me deja dudar el caso que has hecho de mis deseos. La muerte va á castigar tu insolencia, y con tu hija ya pensaré cómo debo conducirte.

—Vosotros egecurad la sentencia, añadió dirigiéndose á un grupo de soldados que estaban á la puerta y habian oído sus palabras.

Luceya se acercó llorando á su padre y se puso delante de él como para defenderle, pero ya los soldados se acercaban y veía el momento en que ni esfuerzos podria hacer para defenderle, cuando de repente, como si le hubiese ocurrido una idea de salvacion, dirigió una mirada de súplica al jóven soldado que la habia conducido á aquel lugar, el cual respondió con una señal de asentimiento y conmiseracion; luego se acercó al gobernador y le dijo:

—Mummio Tiron has abusado de la autoridad que la república te concedió, tu ambicion ha estado á pique de encender la guerra entre dos pueblos; tus abusos y tu ambicion van á ser castigados.

—Y ¿quién eres tú, exclamó el romano para pronunciar estas palabras?

—Claudio Marcelo, hijo del cónsul Claudio Marcelo, respondió el que todos creian un simple soldado: luego sacando de entre los pliegues de la túnica un pergamino, añadió:

—Toma, y lee.

Las miradas de Luceya y las de Cunistorgis estaban clavadas en él; solo que las del anciano expresaban la sorpresa, y las de su hija la satisfaccion que siente al oír una cosa que se esperaba.

El semblante de Mummio Tiron tambien varió mucho cuando hubo leído el pergamino que le habia entregado Claudio Marcelo: éste se lo tomó y lo leyó en voz alta, era una orden del cónsul por la que comisionaba á su hijo para que depusiese al gobernador de Itálica si su conducta lo mereciese, y para que en tal caso se encargase del mando con el gefe de los españoles Cunistorgis.

—Si me he vestido como un simple soldado, continuó, ha sido con el objeto de averiguar mejor tu conducta: ahora que he visto pruebas tan patentes de tu injusticia no la cometeré yo si pongo en cumplimiento las órdenes de mi padre.

Mummio Tiron desesperado y abatido por tener que obedecer á esta orden salió del palacio.

Ya habian desatado los soldados los lazos que impedían á padre é hija que se arrojasen uno en brazos de otro, y lo habian hecho así en la efusion de su alegría.

—Ahora, dijo Claudio Marcelo acercándose á ellos, el padre de Luceya qué contestacion dará al nuevo gefe romano si le hace la misma demanda que el antiguo.

Cunistorgis miró á su hija; esta con el semblante coloreado graciosamente tenia los ojos bajos; el anciano la comprendió, y cogiendo su mano la unió con la de Marcelo.

En esto oyeron gran gritería fuera del palacio. Cunistorgis conoció bien pronto cuál era la causa, y dijo:

—Mis fieles españoles no han podido sufrir el insulto que se ha hecho á su gefe, y estarán reunidos amenazando tal vez á los romanos.

Efectivamente ya iban reuniéndose armados de improviso los mas, cuando Mummio Tiron salió del palacio, y todos se precipitaron sobre él amenazándole: pero Cunistorgis salió oportunamente llevando con la una mano á su hija, y con la otra á Claudio Marcelo: los españoles dejaron al orgulloso romano, y se dirigieron hácia ellos dando muestras de alegría.

—He aquí el que nos ha salvado, el hijo del cónsul Marcelo, he aquí su esposa, dijo Cunistorgis.

Las aclamaciones de la multitud aprobaron aquel enlace, y la paz y la felicidad reinaron por largo tiempo en Itálica.

R. Ferrer.

HECHOS ESPAÑOLES.

(1503.)

HERNANDO DE ILLESCAS.

[Conclusion.]

En grande aprieto estaba el egército español de Italia un año despues de la gloriosa batalla de Cerinola. Los tercios españoles, compuestos en su mayor parte de aventureros, entre los que se contaban jóvenes de casas nobles, eran tan valientes en la pelea como insubordinados cuando no se les pagaba. Faltos de lo mas necesario para la vida, ya varias veces se habian amotinado, y solo la prudencia y la política del Gran Capitan pudieron evitar una desercion general en su egército. La situacion del general español llegó á ser desesperada, cuando acampado á una orilla del rio Garellano vió presentarse el egército francés á la parte opuesta. Los soldados volvieron á amotinarse y empezaron á desertar de tal modo que la noche que tocaba estar de vela á la compañía del valiente Hernando de Andrada tuvo el mismo Gran Capitan que estar de centinela, pues aquel, cogiendo la bandera, habia desertado siguiéndole todos sus soldados. Por fin, gracias á varios préstamos que se le hicieron, pudo el general español dar á cada soldado dos ducados, con lo que volvieron á las filas los desertores.

Pasada una revista general, y teniendo ya 5.000 hombres, resolvió el Gran Capitan atacar á los franceses, ya que estos no se habian aprovechado de la insubordinacion de sus soldados; mas de repente el terror se esparce por todo el campo, mil franceses de tropas escogidas habian pasado el Garellano por un puente de barcas y sorprendido nuestros cuerpos avanzados. Las voces y la confusion anunciaron al Gran Capitan esta sorpresa; al momento vuela á ponerse al frente de los tercios españoles y rechaza con ellos al enemigo, que fue auxiliado á su vez por el marqués de Mantua con 4.000 hombres. Los tercios, inferiores en fuerza al enemigo, dudaron por un momento atacar, abrasados por la artillería enemiga puesta al otro lado del Garellano; en vano el general español baja del caballo, empuña una alabarda, y pónese al frente de sus tropas, éstas son detenidas otra vez por el fuego enemigo.

—Adelante un alférez con la bandera, dijo el Gran Capitan.

Al instante se presenta un gallardo mancebo, era el bizarro Hernando de Illescas que por su valor habia llegado á alférez, cargo que entonces se conferia al valiente entre los valientes.

El alférez se colocó al frente de las tropas: «cierra España» «á ellos» gritó levantando la bandera y precipitándose sobre los franceses. Una descarga de la artillería enemiga rompió la muñeca derecha al alférez, y la bandera vino al suelo; mas el valiente Illescas, sin arquear una ceja, la cogió con el brazo izquierdo y siguió animando á los soldados. Una descarga de nuestra arcabuceria y otra de la artillería enemiga resonaron al mismo tiempo, y el egército admirado vió en medio del enemigo al valiente Illescas, rotas ambas muñecas, abrazar el estandarte de Castilla con los sangrientos troncos de sus brazos. Las tropas lanzaron un grito de entusiasmo al mirar tan heróica accion; en vano la artillería y los arcabu-

ceros enemigos redoblaban sus tiros que hacen terrible estrago en nuestras filas, nuestros soldados cargaron sobre los 4.000 franceses del marqués de Mántua, y sobre los 1.000 derrotados y á cuchilladas metieronlos en el puente con pérdida de mas de 400 hombres (1).

Pasado algunos dias nuestras tropas echaron otro puente de barcas, y á su vez buscaron á los franceses en su campo, que fueron derrotados con pérdida de 1.500 caballos y 32 piezas de artillería.

Un año despues, esto es, en 1504, un pobre que, aunque muy andrajoso y mutilados ambos brazos, llevaba las insignias de alférez, llegó á pedir limosna á una jóven que estaba sentada á la puerta de una miserable casa en Salamanca. La jóven, que al principio no le habia mirado, levantó por fin los ojos, y dando un grito cayó desmayada al reconocer á Hernando de Illescas.

— Voto á mi antiguo amo el conde de Benavente, dijo saliendo un anciano, que la hija de Juan Laguna no merece casarse con el valiente de los valientes, con el inmortal Hernando de Illescas.

Muchachos, añadió dirigiéndose á la multitud que miraba al alférez, si nuestra patria no sabe premiar las hazañas de sus hijos, sus hijos no las hacen para que se les premien, sino porque son valientes, como españoles que son.

POESÍAS.

EL CRISTIANO MORIBUNDO.

.....
¿Qué escucho? ¡oh Dios! — En el horrible abismo
ruje Satán con iracunda saña,
braman los vientos retronando airados
por su cabeza ardiente, ensangrentada.

Su vívida mirada centellea;
¿qué escucho á mi redor? — Dulces palabras,
llanto vertiendo, multitud piadosa
que ante mi vista indiferente pasa.

Suena el arcángel su robusta trompa,
cantos suaves por el aire vagan,
la ancha estension en resplandor se inunda,
¡ya miro al Salvador! — Todos le aclaman.

Todos le aclaman, sí; radiante veo
sobre su frente de esplendor bañada,
corona inmensa de brillantes nubes
y tronos terrenales á sus plantas.

Su voz potente en mis oídos zumba,
grato placer consolador derrama,
hiende su acento por el mundo impío,
el viento en su furor escucha y calla.

— ¿Con qué es en vano el rebramar horrible
del soberbio aquilón en las montañas?
¿Es en vano, mortales, el recuerdo
del Diluvio y Sodoma? — ¿Nada basta?

Temblad, temblad, que cuando vibre el rayo
vereis la tierra arder en rojas llamas,
desquiciados sus eges, y cayendo
en tronante fragor deshecha en nada.

¿No me escuchais? — Desde mi escelsa esfera
observo entre las nubes sacrosantas
vuestras negras maldades, y el recuerdo
ni os heriza el cabello ni os espanta....!!!

Y su acento ha callado: solo el eco
resonando en los aires, fuerte vaga,
cual violento huracán que ruge altivo
y pugna en sus cavernas solitarias.

¿Mas por qué en mis oídos suena triste
el monótono son de la campana?

¿Por qué esas luces, cuyo brillo incierto
me deslumbra mis lánguidas miradas?

La voz desgarradora de la muerte
oigo sonar que á su mansion me llama,
crugen sus huesos al andar, gimiendo;
me acaricia su mano descarnada.

Piso su labio impuro en mis megillas,
hielo en mis venas su hálito derrama. —

¿Dó está mi ardor, mi vida y mis amores?

¿Huyeron á su fin, cual sombra vana?

Huyeron cual las hojas impelidas
por rauda vendabal, de secas ramas,
cual el polvo que huellan los mortales,
cual humo que disipa la borrasca.

.....

¿Pero qué voz doliente se levanta
del centro funerario de la tumba?

¿Qué gemido se escucha que me espanta
Y en mis oídos con terror retumba?

¿Es un espectro que con leve planta
se acerca horrible y en el aire zumba? —

Es el postrer gemido de mi pecho
que lanza al mundo desde su antro estrecho.

Vuela ascendiendo mi alma presurosa
al trono etéreo del Señor potente;

(1) En este encuentro fue cuando el marqués de Mántua, que veía por primera vez á los españoles, al verlos tan rotos y tan ruines en la apariencia, dijo al francés: Señor de Alegre, ¿esta canalla fue la que os derrotó en Cerinola? No tienen para empezar mis italianos con ellos.

Estos son los españoles que no desbarataron, contestó Alegre, ved lo que hacen sin temor de la artillería que dá infinitos tiros sobre ellos, y considerad que tal es esta nación para los valientes que traeis, por ende pasemos á ellos y vereis cómo saben jugar la lanza y la pica esa canalla que decís.

cercado está de nube luminosa
que ancho raudal derrama trasparente.
Cual violento volcán su lava hervosa
brota lanzando en confusion bullente,
así las nubes viertan resplandores
que deslumbran mis ojos sus colores.

A Dios, mortales, mi alma se desprende
del cuerpo terrenal, corteza impura,
y libre por los aires, rauda hiende
Olvidada del mundo y la natura.
Tus justas iras, oh Señor, suspende,
perdona á esta infelice criatura;
ante tus plantas célicas me postro
y contemplo al través tu puro rostro.

Ruje Satán con rabia aterradora,
el orco vierte su torrente inmundo;
cerca su espalda lumbre abrasadora
y sus ojos se fijan en el mundo.
En sus labios sonrisa destructora
agita, mientras brotan del profundo,
lagos de hirviente fuego que bramando
Su roja cabellera van alzando.

Juan Serrano y Hurtado.

VAORO Y TERESETA

Ó SIGA

ROMANTICISME Y COCA DE DACSA.

CUENTO.

2.^a part.

Reunit l'ajuntament

En sala consistorial

Aijí parlá molt formal

El alcalde president.

— Sinyors síndics y jurats:

Ya saben vostres q'anit

Cadascú deixá el seu lilit

Y d'escopetes armats

Fent la ronda per la vila

Velaben per lo comú,

Perque jamay falta algú

Q'a eijes hòres s'espavila.

Saben vostres q'agafarem

A dos fadrins reboltosos

Que com si foren dos gosos

Refien y es destrosaben.

Sap este consell severo,

Aijí mateij, que volent

El regidor Micha-dent

Evitar un desafuero

Es ficá en mitj dels dos ells

Pera posarlos en pau,

Y en manco q'un gat diu mau

Li huidaren els budells.

Presis es fer un castich

Perque escarment la gent,

Pues al veure un escarment

Tots se nugen el melich.

Vinga amarrat com un gos

Vaoret el Roncador,

Q'és el primer agresor

D'este fet tan llastimós.

Y els menistres el dugueren

Y en un banquet el sentaren:

Declaració li prengueren

Y á morir el condenaren.

—

Vingué la callada nit

Y una dòna molt tapada,

Pegá en tiento una aldabada

A la porta del Jorlit.

El Jorlit era un tunant

Concerge de la presó,

Que estava en esta ocasió

Ab sa familia sopant.

— ¿Quí tòca? — Está el só Maciá (1)?

— ¿Qué vol? — Dirli una raó.

Y el amo de la presó

Sen ijqué en l'hòra á la entrá.

— ¿Qu'im busca? — Soc Tereseta.

— ¡Cap de lleu!... que lo que pasa

¿Que vé á buscarme á ma casa

La pèrta de Fabareta? —

Y la pòbra enamorá

Entre gemecs y janglots,

Peganli al còr molt grans bots

D'este mòdo s'esplicá:

— Ya sap vosté qu'el meu còr

De Vaoro es tot sançer,

Y que seré sa muller

Si abans no'm muich ó ell no's mòr.

També sap quina es la sòrt

Q'al meu Vaoro condena....

¡Hui amarrat á una cadena,

Y demá á estes hòres mòrt!

Sòls vosté te á son manar

El conòrt de m'afició.

¡Obrigali la presó

Y déijelo lliure anar!

En esta caijeta te

Les mehues pèrles y el dr....

¡Donem al jich del meu còr

Y tot aijó es de vosté.

El Jorlit, com hòme vaij

Y d'ofici vergonyos,

Encés en fòch lluturiós

Y fent el tòro marraij

Alçá la vista atrevida

Y digué: — ¿Tú no has pensat

Q'aijó que m'has demanat

A mí en pòt costar la vida? —

Guardá silenci, observant

L'efecte d'esta raó,

Y afijqué despues: — Mes yo

Tinch l'ànima de jagant.

Res no m'impòrta morir

Per una jica agraida:

¿Vòls comprar la mehua vida?...

No vull dr. — Pos ya pòts dir.

— Escolta.... aqí en lo meu còr

Tin set de tú.... ¿mas entés?

Vetjes que t'estimes mes,

Vorel lliure ó vorel mòrt.

Tereseta ho compregué

Y sinse dir sí ni nó

Jirá la espala.... mes ¡oh!

¿Y Vaoro?... es detingué.

Y com asó de les dònes

Son en recursos tan riques,

Que nincara les mes jiques

Sòls pera pelar son bònes.

En un punt nòstra Teresa

Concebí un gran pensament,

Y li respongué — Consent,

Puesto que tan m'interesa.

Allá al cap del carreró

L'spere d'así á un cuart d'hòra,

Vinga allí asóles y en l'hòra

En la clau de la presó.

— Allí estaré. — Allí estarem.

Y el Jorlit quedá pensant

— ¡Aqó es ensòmit ó encant! —

Y ella dia -- ¡Nos vorem!

En efecte, d'allí á un rato

Teresa estaba al cantó,

Ficada en un fòsch racó

Y tapada ab gran recato.

-- S'ohuen pasos.... ell será....

Y el còr li llatia apresa;

(1) Matías.

Perque ; no es cosa la empresa
En que estaba ya ficá!
-- ¿Eres tú Teresa? -- Sí --
-- Pos aquí també estic yó --
-- ¿Y la clau de la presó
La portes? -- Vátel'ací....
Y com un tir d'arcabus

Se li tira la doncella,
Li furga en una corbella
Y el deixa sens dir Jesus.
Matant á un grandísim pillo
Per guardar l'honor cumplit,
No manifestá mes pit
Sebastiana del Castillo.

J. A. Almela.

NOCHE BUENA. (1)

*Esta noche es noche buena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto
Y á las doce á de parir.*

Vaya en gracia, el suscritor
Dirá al ver estos renglones,
Al poeta gran sudor
Le han costado estas razones;
Pero te ruego lector
Mil veces que me perdones,
Por sino te gusta cosa
Esta que te escribo

GLOSA.

El placer el mundo llena,
Reina el gozo en todas partes,
Pues gritaremos su pena
Dentro de poco, este martes,
Esta noche es noche buena.

Noche buena, de alegría,
En que cualquier ciudadano
Entregado á la anarquía,
Entona botella en mano
En griego la letanía.

En que encierra sin sentir
En su panza una tahona,
Que está obligada á reir
En ella cualquier persona,
Y no es noche de dormir.

Metida en el movimiento
Está en ella toda España,
Todo el mundo está contento,
Y se mueve, cosa estraña,
General pronunciamiento.

Que en la patria del esparto
Es preciso voto al sol,
Sin que tengamos un cuarto
Se emborrache el español,
Que está la Virgen de parto.

Como inocente recreo,
Apñarse en la taberna
A los ciudadanos veo,
Hasta que tal se gobierna,
Que hablan todos en caldeo.

A rato se ven salir
Con terrible gritería,
Pues es preciso reñir
Que en Belem está María,
Y á las doce ha de parir.

Carlista con liberal,
Revueltos buenos y malos,
Se arma riña general,
Y quien no da cuatro palos
No desciende de Tugal.

Aunque por mas que medito
Ningun motivo se ve
Para hacer así un delito,
Por ser la noche en la que
Se ha de parir un chiquito.

Y vese correr la gente
Por las calles y las plazas,
Unos que van á la iglesia,
Otros que van á sus zambas,
Aquí repican á misa,
Allí suena una guitarra,
Acá dan á la zambomba
Y á su atroz sonido bailan.
Así se pasa la noche

(1) Esta composicion no habla con los que pasan la noche buena inocentemente en su casa.

Todos fuera de su casa,
La noche que llaman buena,
Mas que yo tengo por mala.

G.

REVISTA TEATRAL.

Sea por siempre bendito y alabado: este número tenemos poco de que hablar, pero bueno y fresco, acabadito de llegar. En la presente semana ha habido moros y cristianos, y váyase por cuando no hay mas que moros: ha habido tres *Na-bu-co-do-no-so-res*: (que nos digan que está mal escrito), ha habido gas en el teatro, no del que alumbra, sino del que huele, pero en cambio no habia una rendija por donde saliese y

Circundados de aceitosa nube
perfume del harém que baja y sube,

no hacia frio. No sabemos qué es peor. A muchos vimos quitarse por innecesario el gorro griego con que saborean la funcion, si bien es verdad que otros no pudieron hacerlo, porque lo tienen tan calado en la presente temporada, que es ya para ellos una prenda de vestuario. Tente pluma y vamos al grano dejando las pajas.

Juicios de Dios: juzgados sin piedad: este drama en un acto es malísimo, y le cupo además la desgracia de ser representado al final de la funcion y despues de una cosa alegre, con la que formaba un horrible contraste. Su éxito ha sido desgraciado, siendo sensible que por efecto de una mala eleccion, hayan quedado estériles los trabajos de los dos aventajados jóvenes que se encargaron de su traduccion. Esta es buena, y aun el mismo drama, leído, parece otra cosa diferente.

En la misma noche de *Los Juicios*, se puso en escena *La Infanta Galiana*, que nada hubiera importado que se quedara en casa. Creemos que sea la mas endeble produccion del autor de *la Rueda de la fortuna*. Menos que comedia, es un cuento árabe con su mora enamorada y su cristiano valiente, y muchísima baladronada y muchísimo palo, y muchísimos moros vestidos como los que acompañaban en la escena al indio Cosú ó á los alcides. La versificación dulce, hermosa y fácil como del señor Rubí.

La egecucion buena: la señora Toral espresiva y feliz como acostumbra: los demás actores bien, incluso el señor Comerma que *reventaba de forte*, y de cada lapo que sacudia mataba diez comparsas. Hay un actor que se llama el Sr. Planelles, y cuya declamacion es un aria coreada: este individuo fue otro de los innumerables mártires de la Semana: él cantaba y el público coreaba.

El Peluquero en el baile: pieza en un acto muy verdecita, muy larguita y muy tontita. Salvóse merced al señor del Río, que con su chiste é incomparable gracia, entretuvo al público y amparó al traductor.

La tercera parte del Zapatero y el Rey: repeticion: bien desempeñada.

El Sí de las niñas: obra predilecta y acaso la mejor que ha salido de la pluma del inmortal rival de Moliere. Esa *facilidad difícil* que se advierte en nuestro célebre Moratin es absolutamente suya, y nadie ha podido igualarla por mas que algun distinguido poeta haya querido intentarlo. El gran escritor bien hubiera podido decir con Cervantes al colgar la péñola

Tate, tate; folloncicos
De ninguno sea tocada, etc.

La egecucion ha sido felicísima, y con gusto lo decimos, porque no esperábamos tanto.

La señora Toral comprendió perfectamente su papel, y la señora García en el de madre estuvo inimitable. Es lo mejor que en este género le hemos visto egecutar.

El señor Gonzalez con mucha inteligencia y maestría desempeñó el de *D. Pedro*, y los señores Lugar, del Río, Orgáz y su hija, contribuyeron al buen éxito de una comedia gloria de nuestra escena, y que cada vez que en ella aparece hace resaltar mas y mas la descarriada direccion que le ha dado en el día la relajada sociedad que por nuestra desgracia hemos alcanzado.

La Mosca.

ANUNCIOS.

EL JUDIO ERRANTE

POR EUGENIO SUE.

Traduccion de D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO. Edicion de lujo por la Sociedad Literaria de Madrid. Se ha repartido el cuarto tomo, y está en prensa el quinto. Todos los demás saldrán con rapidéz y sin interrupcion. El retrato del célebre *Eugenio Sue*, que debia darse con el último tomo, se repartirá con el siguiente para satisfacer la impaciencia de los señores suscritores.

Se suscribe en las principales librerías y administraciones de correos á 4 rs. en Madrid, y 5 en las provincias por tomo, franco el porte.

Los señores suscritores se servirán adelantar el importe del quinto tomo que está en prensa, si no quieren experimentar retraso.

HISTORIA

DE LA EMIGRACION CARLISTA

POR D. RAFAEL GONZALEZ DE LA CRUZ.

DEDICADA A LOS MONÁRQUICOS ESPAÑOLES.

Comprenderá esta interesante obra la historia de la GUERRA CIVIL desde el año de 1838, en que se dió principio á las tramas que acarrearón el renombrado CONVENIO DE VERGARA; las biografías de Espartero, Maroto, Cabrera, Eguía, Merino y demás que figuraron en aquella época. Constará de dos tomos en 4.º mayor de excelente papel y correcta impresion, con abundantes viñetas alusivas al texto, y con magníficas cubiertas de color, siendo el precio de cada entrega DOS REALES en Madrid, pagados en el acto de recibirlas y DOS Y

MEDIO en las provincias, francas de porte; advirtiéndose que de dichas cantidades se destinará MEDIO REAL por entrega de cada suscritor para los emigrados que padecen los mas horribles trabajos en los depósitos de Francia, para cuya propuesta se fija una cláusula en los prospectos que se reparten gratis en los comisionados de esta empresa, y en la redaccion calle de Alcalá número 50, cuarto segundo: donde se dirigirá la correspondencia franca de porte.

NOTA. La primera entrega aparecerá al público del 20 al 25 de Diciembre. Los señores que se suscriban antes de publicada la 4.ª entrega, recibirán un magnífico cuadro marca mayor en litografía, que representará el acto de entregar los carlistas las armas en el primer pueblo de Francia, y los que pasado dicho plazo desearan obtenerle abonarán 6 rs. siendo suscritores á la obra, y 20 si no lo fueren.

No se admitirán suscripciones de las provincias por menos de cuatro entregas ó sean DIEZ REALES.

PENSIL DEL BELLO SEXO,

obra de instruccion redactada por las señoras Doña Carolina Coronado, Doña Josefa Masanés, Doña Amalia Fenollosa, Doña Manuela Cambrero, Doña Angela Grassi, Doña Pilar Armendi de Paredes y Doña Victoria Peña, bajo la direccion de

DON VICTOR BALAGUER.

Esta obra, que presentará toda clase de instruccion y amenidad, se publicará por entregas de 32 páginas, saliendo la primera por todo el mes de Diciembre. Los nombres de las poetisas que en ella escriben, son la mejor recomendacion que de la obra se puede hacer.

Cada entrega será á 2 rs., y á cuatro cuartos para los suscritores al GENIO, periódico de literatura que se publica en Barcelona.

Los que deseen suscribirse se servirán enviar una libranza por correos á favor del editor del GENIO.

EL GENIO

semanario de literatura y teatros, escrito por los principales literatos tanto de la corte como de las provincias, y dirigido

POR DON VICTOR BALAGUER.

Este semanario, del cual van ya publicados nueve números, sale á luz cada domingo en Barcelona en 16 páginas de elegante papel y esmerada impresion. Las materias que abraza es de lo mas selecto que en la capital del principado se publica, como puede juzgarse por el índice de materias del número 9.

El rezador, novela de D. G. A. Darrosa. — Magnetismo, relacion de un caso práctico, de D. V. Balaguer. — Poesía de Doña Angela Grassi. — Poesía de D. Ramon de Valladares y Saavedra. — A nuestro corresponsal en París, de D. A. Negra de Mosquera. — Para un album de Don V. Balaguer. — ¡Mañana! de D. José de Cominges. — Un á Dios! de D. Teodoro Guerrero. — Teatros. — Juicio de la comedia *Bandera contra bandera*, de D. Víctor Balaguer, por D. F. de P. — Noticias varias.

Se suscribe á tan interesante periódico enviando remesa de su correspondiente libranza á favor del editor del GENIO. El precio es 5 rs. al mes y 14 por tres meses. A mas de las materias que abraza cada número, se reparte con cada uno cuatro páginas de una novela original. Hasta ahora lleva ya publicada los *hermanos del Agnus dei*, original de D. Víctor Balaguer, y se está repartiendo actualmente cinco venganzas en una del mismo autor.

VALENCIA.

IMPRESA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.